

HERMENEGILDO GALEANA

Comienzo por agradecer a la Dirección de Acción Social del Departamento del Distrito Federal, el haberme invitado a sostener esta plática sobre Hermenegildo Galeana, uno de los héroes más preclaros en nuestra guerra de Independencia, cuyo segundo centenario de nacimiento se cumplió recientemente, pues vino al mundo el 13 de abril de 1762. Autorizado para sostener una conversación con ustedes sobre Galeana, he de confesar que no pude obtener suficientes datos de su vida, a pesar de que en la búsqueda me ayudaron gentes del Estado de Guerrero. Hace unos días se presentó en mi oficina un joven estudiante, con tarjeta de recomendación de un buen amigo mío. Al interrogarlo le pregunté dónde había nacido. Me contestó que en Tecpan. Cuando le pedí que me dijera su nombre, contestó: Ignacio Morales. Al pedirle su segundo apellido, me dijo sencillamente: Galeana.

—¿De Tecpan y Galeana? Vaya, no puede usted traerme mejores recomendaciones. Diga a mi amigo que su tarjeta no le sirvió.

Y ha sido precisamente Ignacio Morales Galeana, uno de mis mejores colaboradores en este pequeño estudio. Otro de los guerrerenses que me ayudó con interés, fue el ingeniero Fernando López.

El estado de Guerrero, tan cercano a la capital de la República, ha sido uno de los de menor población y más olvidados de México. No tiene grandes extensiones de tierras para el cultivo y en sus montañas sólo esporádicamente se han explotado metales preciosos. Es árido y agreste. Sus moradores son gente emprendedora y de acción. Abundan en Guerrero los hombres inteligentes y ávidos de cultura. Desde tiempos remotos han figurado en la Historia, por sus hazañas bélicas o por su participación en la política nacional. Cuando el gran Morelos recibió del padre Hidalgo instrucciones para insurreccionar el sur, marchó a Guerrero, donde pudo aumen-

tar considerablemente su ejército, pues entre los moradores de la costa había muchos patriotas, decididos a luchar por la causa sagrada de la libertad. La primera población de importancia que encontró Morelos fue Tecpan, que significa tierra del rey. Antes había estado en la hacienda de las Balsas, donde cruzó el río del mismo nombre y siguió hasta Coahuayutla, donde se le unió el capitán Rafael Valdobinos; continuó hasta Zacaatula, pasando a Petatlán, donde se le incorporó el sargento Bautista Cortés. Pero Morelos no se detuvo en trabajos de organización hasta llegar a Tecpan, después de pasar por San Luis de los Boberanes (La Loma). En Tecpan se encontraba al frente de la guarnición el teniente coronel Juan Antonio Fuentes, jefe de la tercera división de las milicias de la costa, quien no se atrevió a combatir a Morelos por temor a la familia Galeana, nativa del lugar, que simpatizaba con los insurgentes y que gozaba de gran influencia en toda la Costa Grande.

Tecpan es una aldea como a ocho kilómetros del mar, entre Acapulco y Zihuatanejo. Rivaliza con Atoyac por su agricultura y comercio. Pertenece a la tierra caliente y se halla apenas a veinte metros sobre el nivel del mar. Sufre de calor durante todo el año, especialmente en los meses de mayo al de agosto. La cruzan un río bienhechor y el camino real, que actualmente es carretera magnífica entre el opulento Acapulco y el pintoresco Zihuatanejo. La sierra comienza a diez kilómetros de Tecpan. Seguramente que a fines de 1811, cuando alojó a Morelos, la pequeña población no tenía ni un millar de habitantes. En el censo de 1960 apenas pudo contar 5,855 moradores.

Como pueblo alejado de la urbanística moderna, en Tecpan casi todas las casas son de adobe y tienen corredores (o portales) al lado de la calle; en las orillas las chozas son de zacate; pero en el centro se encuentran cinco o siete casas ya de tipo moderno, con azoteas de loza y muros reforzados de concreto. Sus calles son de tierra y algunas han sido empedradas, parcialmente. Tecpan fue elevada al rango de ciudad por el propio Morelos, cuando la hizo capital de la provincia que creó con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, en homenaje a los hermanos Galeana, que se entregaron a él como esforzados capitanes y amigos leales.

Todavía ahora Tecpan tiene un aspecto triste y de abandono, tanto por lo viejo de sus construcciones, como porque no cuenta con ninguna otra riqueza. Sus raquíticos medios de vida abarcan

la agricultura, que produce poco maíz, frijol, copra y café; y en menor escala ajonjolí. En sus pobres talleres se fabrican machetes de buena calidad, huaraches cómodos y sillas de montar artísticas, famosas en el contorno. En Tecpan es conocida la casa que fue de don Hermenegildo Galeana: no tiene placa para identificarla y la habita una familia que no sabe quién fue su dueño.

Hay que pensar en lo que sería la vida en este pueblo tan apartado del mundo, en los días de la dominación española. ¡Cómo sería la vida rural en la Colonia, cuando todavía hoy, al acercarnos a los indios con deseos de servirles o para ofrecerles ropa o alimentos, desconfían de nosotros y con frecuencia rehúsan nuestras dádivas! ¡Con cuánta ferocidad serían castigados, que a pesar de todos los cambios habidos en el agro mexicano, los indios temen aproximarse al blanco y conservan una actitud de esclavos y una mirada de espanto, llena de terror! ¡Ignominiosa esclavitud, de la que pudimos salir sólo porque en nuestro suelo surgieron valerosos paladines y esforzados luchadores del ideal!, a quienes no podían atemorizar ni las bayonetas, ni los cañones, ni los uniformes de aquellos soldados realistas que servían al virrey. Frente a los pretorianos, los insurgentes tuvieron caudillos para levantar los corazones y vencer en la lid por la libertad y la patria. La lista es larga: Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros, los Bravo, los Galeana, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Mina, Pedro Moreno, el patriota Torres, el cura Tapia, Ayala, López Rayón, Trujano...

En aquel rincón apacible y olvidado había hombres que soñaban con ser libres y tener una patria feliz. Eran sueños que parecían irrealizables. Sin embargo, a veces les llegaban de muy lejos voces de aliento, que les decían cómo otros pueblos habían logrado su emancipación. Un anhelo latente de luchar para ser libres, envolvía a los hombres que habían leído un poco o que estaban en contacto con viajeros que llegaban del norte y de la capital. Esto explica por qué, cuando el cura Morelos se presentó en Tecpan, el pueblo entero se puso a su servicio. Lo acogieron como a un salvador. Le entregaron todo lo que tenían: cosechas, mercancías, familiares para convertirse en soldados, caballerías, armas. Entre los primeros en ponerse al servicio de Morelos estuvieron los tres hermanos Galeana: Juan, José Antonio y Hermenegildo. Pronto sabría el genio de la guerra, la clase de contingente que le entregaba Tecpan.

Don Hermenegildo Galeana fue hijo de inglés y de mestiza. Era casi blanco, bien plantado, como de un metro y setenta y cinco centí-

metros de altura, de compleción normal y de naturaleza fuerte. Como buen hombre de campo, entendía del manejo de caballos, sabía mandar a la gente y podía interpretar los cambios del cielo para predecir la lluvia, el viento o las variaciones de la temperatura; y en las noches sabía orientarse por la posición de las estrellas en el azul del firmamento. Durante algún tiempo manejó la hacienda del Zanjón, de un primo suyo, que daba rendimientos para que todos sus familiares vivieran desahogadamente, sin privaciones. Los Galeana eran gente acomodada; pero al propio tiempo servicial y muy inclinados a favorecer a los pobres. Por eso fueron populares en Tecpan, lo cual favoreció a Morelos, quien gozó también de todas las simpatías de los tecpanenses, pudiendo así aumentar su contingente de guerreros, para las campañas que se proponía realizar.

Entre los materiales de guerra que los Galeana pusieron a disposición de Morelos en Tecpan, figuró un pequeño cañón al que, por sus dimensiones, le pusieron "el Niño". Este cañoncito fue usado por los insurgentes en muchas batallas, estuvo en los ataques al puerto de Acapulco y tomó parte en la defensa de Cuautla, durante el sitio famoso; y cayó en poder de los realistas cuando Morelos se decidió a romper el sitio, la madrugada del 2 de mayo de 1812.

Hay que imaginar cómo serían las marchas del ejército insur gente, en aquellos tiempos en que no había caminos, ni vehículos, ni mapas para orientarse; en qué se tenían que cruzar los ríos sin embarcaciones apropiadas y remontar las más altas montañas, sin saber lo que encontrarían al otro lado. Todo se hacía intuitivamente, unas veces con éxito y otras yendo sin querer a la derrota. De ahí viene que nuestra admiración por héroes como Morelos y Galeana no tenga límites. En ellos había voluntad, resolución, firmeza y un valor espartano. Luchaban con armas primitivas: machetes, lanzas, hondas y con frecuencia los combates eran cuerpo a cuerpo. Usaban también rifles primitivos que sólo alcanzaban a herir de muerte a menos de cien metros de distancia. Para su artillería usaban balas metálicas, esféricas, que se cargaban por la boca de los mismos cañones. En caso de no tener balas, se cargaban con piedras bolas, del mismo tamaño que las balas de metal.

Y cuánta resignación y heroísmo se requerían para recorrer las distancias por veredas casi impenetrables y caminos intransitables. En jornadas de sol a sol el promedio de los recorridos era de diez a doce leguas y sólo en casos extraordinarios se alcanzaban de 60 a 70 kilómetros. En estos eventos sólo los muy buenos caballistas re-

sistían el trote largo de sus jamelgos. Ni fatigas ni privaciones afectaban el ánimo de los insurgentes, que no eran soldados de paga sino luchadores por un ideal. Los voluntarios de Tecpan siguieron a Morelos.

Con las intenciones de apoderarse del puerto, Morelos dejó a Juan Galeana en Pie de la Cuesta, al frente de un destacamento y a la vez situó una fracción de sus fuerzas en El Veladero, donde estableció su cuartel general. Otros contingentes fueron enviados a las siguientes posiciones, para intentar el ataque combinado sobre el puerto: el Aguacatillo, la Sabana, las Cruces, Llano Largo y Puerto Marqués.

En los ataques al puerto de Acapulco descolló el valor temerario del patrício don Hermenegildo Galeana. Sabedor el Virrey Venegas de que los insurgentes estaban a punto de apoderarse de Acapulco, ordenó al comandante París, que se encontraba en Oaxaca, ponerse al frente de la 5^a división para dirigirse rumbo a la Costa Grande y defender el puerto. París estableció su cuartel general en San Marcos (Costa Chica) y operó desde allí, mandando combatir a los insurgentes en los puestos que ocupaban. Para reforzar estas operaciones de París, salió de Chilapa don Joaquín Guevara, capitán de “patriotas de Chilapa”, mientras tanto, también el jefe de la 3^a división de milicias de la costa, Juan Antonio Fuentes, hacía intentos por desembarcar en Puerto Marqués.

Dándose cuenta Morelos de las maniobras de los realistas, envió tropas a combatirlos: en contra de don Joaquín Guevara, de Chilapa, a los capitanes Marcos Martínez y Bautista Cortés; y a impedir el desembarco de Fuentes al capitán Miguel Avila. Los capitanes Martínez y Cortés, mandados para combatir a Guevara, fueron derrotados cerca de Chilpancingo.

Tecpan representa en la Historia de México la cuna de un gran insurgente: en ella vio la luz primera su hijo excelso, Hermenegildo Galeana. Es en la revolución de independencia en el sur, un asilo de seguridad y consuelo para el gran Morelos, cuando por desgracia e infortunadamente, el español José Gago lo traicionó, poniendo a tiro de fusil al ejército insurgente, que recibió una nutrita descarga.

Después del descalabro frente a Acapulco, en vano fue que Morelos tratara de impedir que su gente huyera; el desconcierto era tremendo y la desmoralización completa. Fue entonces cuando Morelos situó a sus tropas en la Sabana, y, como se sentía enfermo, se retiró hasta Tecpan, en tanto que sus hombres eran duramente

combatidos por los realistas de Cosío. Entonces fue —un 29 de marzo— cuando la revolución de independencia tuvo la revelación de otro gran caudillo para su causa: Hermenegildo Galeana. En aquella hora de prueba para los insurgentes, Galeana era el encargado de la administración de justicia; pero viendo el desaliento de la tropa y la inminencia de una derrota, se hizo cargo de toda la situación y dando ejemplos de entereza y de bravura, arremetió sobre las fuerzas realistas hasta hacerlas retroceder. En esos momentos faltó Morelos; pero los insurgentes tuvieron en Galeana a un sustituto que supo estar a la altura del famoso caudillo. Aquel fue un día memorable, en que a punto de ser derrotados, los insurgentes tuvieron a otro gran jefe que, con su ejemplo, supo inyectarles valor y ánimos para conquistar la victoria.

Restablecida su salud, Morelos decidió emprender otras campañas y dejó en el cerro del Veládero a don Julián Avila, para que siguiera amagando al puerto de Acapulco, y marchó rumbo a Chilpancingo. En la hacienda de Chichihualco, propiedad de la familia Bravo, se le unieron los hermanos don Leonardo, don Miguel, don Máximo y el hijo del primero, don Nicolás Bravo. Ya de antemano los Bravo habían sido invitados a sumarse al movimiento, por don Hermenegildo Galeana, quien se anticipó a la llegada de Morelos.

El día en que los Bravo se incorporaron al movimiento de independencia, atacó su hacienda el comandante español Garrote, precisamente cuando los soldados de Galeana se bañaban en el río. Sin perder tiempo alguno, los insurgentes tomaron sus armas y combatieron desnudos, derrotando a los realistas con la oportuna ayuda de los Bravo.

Con la serie de operaciones en el camino de Chilpancingo, Tixtla y Chilapa, los insurgentes se aprovisionaron de pertrechos de guerra para la toma de Acapulco. Una vez liquidado el realista en el puerto, Morelos deseaba apoderarse de Valladolid, para establecer allí su congreso e invadir después Guanajuato, Guadalajara y San Luis Potosí. Con las fuerzas de Morelos estaban los jefes surianos, principalmente don Hermenegildo Galeana con sus hermanos y don Nicolás Bravo con sus tíos. Desgraciadamente Morelos no pudo tomar Valladolid.

Habiendo recibido del Congreso la misión de desmantelar el castillo de San Diego, Morelos decidió volver a atacar al puerto de Acapulco, llevando como su segundo en jefe a don Hermenegildo Galeana. Otra vez la fortuna le fue adversa y Armijo lo derrotó.

Al abandonar la plaza, Morelos se dirigió hacia Tecpan, con intenciones de llegar a Zácatula para reorganizar mejor sus tropas. Galeana había quedado al frente de la posición del Veladero con un puñado de valientes; pero tuvo que abandonarla ante la arremetida de los realistas. Después, con la ayuda de don Juan Alvarez y de Montes de Oca, empezó a recuperar nuevamente el territorio de la Costa Grande.

Galeana había dado en todas partes pruebas evidentes de su valor indomable, de su intrepidez al combatir y de su poderoso don de mando. La tropa lo seguía entusiasmada porque sabía que con él se iba al triunfo. No era un soldado profesional sino un hombre de campo a quien las circunstancias lo habían hecho entrar en la guerra. No pasó por ninguna escuela militar; pero tenía el instinto natural del soldado que lucha por ideales y no por un sueldo mezquino. En una época en que era forzoso pelear cuerpo a cuerpo para ganar batallas, a Galeana no arredraban ni la condición física ni las armas con que se le presentara el enemigo. Don Hermenegildo manejaba con soltura su machete preferido y hacía filigranas con la lanza. Con sus brazos hercúleos lograba lo demás.

A pesar de todas las pruebas de resolución firme y de valor asombroso que dio en los combates de las costas de Guerrero, hemos de convenir en que su intervención en la defensa de Cuautla, en los días del sitio legendario, alcanza proporciones asombrosas, difíciles de interpretar. Ni los más exaltados ditirambos podrían dar idea de la conducta de don Hermenegildo, en los setenta y dos días de sufriamientos, batallas y zozobras que junto con el ínclito Morelos y sus heroicos compañeros soportaron en Cuautla de Amilpas. Esta hazaña de Morelos y Galeana es, sin lugar a dudas, la jornada más gloriosa de los insurgentes a lo largo de los 11 años que duró la gesta de la independencia. Y he colocado el nombre de Galeana en seguida de Morelos con toda intención. Lo considero el segundo defensor de Cuautla en 1812, a pesar de que junto al maravilloso cura de Carácuaro se contaron paladines de la talla de los Bravo, Matamoros, Ayala, Trujano, Tapia y muchos más.

En Cuautla se encontraron dos hombres y dos ejércitos diferentes. Morelos era un general improvisado que había hecho campañas muy penosas en Tierra Caliente, obteniendo algunas victorias y quizás mayores descalabros. Se le admiraba y se le temía, porque era un genio de la guerra. Calleja era un general de escuela, un ingeniero competente, que acababa de derrotar a Hidalgo y a Allende

en los estados de Guanajuato y Jalisco; y a López Rayón en Zitácuaro. Era un soldado de fortuna, engreído y fanfarrón. Las tropas de Morelos estaban mal armadas, habían sufrido mucho y no sabían disciplinarse. El ejército de Calleja era selecto, podía lucirse en un desfile y contaba con armamento moderno para su época.

Calleja estaba tan seguro de que iba a comer pichón en Cuautla, que invitó a su esposa al banquete que le sería ofrecido, el mismo día en que iba a atacar la plaza: el 19 de febrero de 1812. Precisamente ese día la señora generala tuvo que devolverse precipitadamente del camino de Cuautla, cuando su marido ordenó la retirada.

Veamos ahora lo que sucedió el 18 de febrero. Como todos los grandes conductores de hombres, Morelos era desconfiado. A pesar de que tenía un buen servicio de espionaje y que desde el campo enemigo le llegaban valiosos informes, pues todos los campesinos le servían de agentes espontáneos, se le ocurrió ir a ver por sí mismo en qué estado venían los realistas y ensayar un golpe de mano por su retaguardia. A pesar de que sus capitanes se oponían a tan arriesgada maniobra, acompañado de su escolta Morelos dio un rodeo y se presentó más allá de Cuautlixco, donde estaba el cuartel general de Calleja. No obstante que tomó toda clase de precauciones para no ser sentido, a los pocos momentos se vio atacado por numerosas fuerzas españolas. Empeñado en desigual combate estaba Morelos, cuando al general Galeana le informaron de lo que estaba sucediendo. Inmediatamente se puso en marcha con un grupo escogido de sus lanceros de la costa y con su espada fiel y terrible se abrió paso entre los realistas, cuando se disponían a capturar al gran jefe. ¿Qué hubiera sido de la causa de la independencia, si en aquel combate cayó prisionero Morelos? De seguro que Cuautla se hubiese perdido y con ello se habría retardado el triunfo de las armas insurgentes. Por esa circunstancia la hazaña del intrépido Galeana adquirió proporciones inconcebibles y fue celebrada con estrepitoso júbilo por los valerosos insurgentes que se aprestaban a defender a Cuautla hasta vencer o morir.

Los ímpetus de Galeana y la rapidez con que ejecutaba sus acciones de guerra, parecían ser las de un joven con una edad no mayor de treinta años. Pero por algo le decían don Hermenegildo. Cuando rescató a Morelos en las cercanías de Cuautlixco ya tenía medio siglo. Su vida de ranchero lo hacía aparecer mucho más joven, a pesar de las abundantes patillas que le bajaban de la espesa y negra cabellera. Eran unas patillas típicas de insurgente,

decidido a todo. Su rostro era sereno y agradable, la frente alta, la mirada penetrante y el mentón enérgico, que denotaba una voluntad férrea. Hermenegildo Galeana se alistó en las fuerzas insurgentes en plena madurez de su vida, cuando se tienen experiencias y seguridad en los actos. Su valor no tenía límites. No conocía el miedo, ni en sombra. Era oportuno y certero en sus decisiones y cuando tomaba una resolución nada ni nadie podía detenerlo. Por eso salvó a Morelos con tan pasmosa seguridad. Por eso Morelos le confiaba las misiones más difíciles. Por eso conquistó en Cuautla el papel de segundo de Morelos, puesto de gran honor y más grande todavía en responsabilidades. En Cuautla Galeana ganó la inmortalidad.

Y eso no fue todo; encargado por Morelos de la defensa de la posición clave de Cuautla, que lo fue el convento e iglesia de San Diego, el hombre de Tecpan se hizo fuerte en esos edificios y desde ellos dirigió los movimientos para repeler la agresión de los realistas. La lucha más encarnizada, que se empeñó el 19 de febrero, tuvo lugar en las cercanías del convento y allí murieron varios de los jefes principales del ejército español, como el conde de Rul y uno de los coroneles más estimados de Calleja, a quien venció en lucha personal el propio Galeana, arrastrando su cadáver hasta el interior de la trinchera defendida por los insurgentes, para presentarlo a sus tropas como un trofeo. Por una de las calles que desembocan en la alameda de San Diego (llamada ahora Parque Galeana) los españoles iniciaron un peligroso avance, cuando el grueso de los insurgentes estaba empeñado en combatir por otro rumbo y hubiesen llegado a colocarse frente al convento si a un muchacho que vio un cañón apuntando hacia los sitiadores, pero abandonado a media calle, no se le ocurre encender la mecha para producir un disparo formidable, que causó muchas bajas a los realistas, obligándolos a iniciar su retirada. Al oír la detonación, el general Galeana se acercó al juventuelo y al enterarse de su hazaña, lo elevó en sus brazos llamándolo héroe y salvador de Cuautla. Desde entonces aquel muchacho es conocido en las páginas de nuestra historia como “el Niño Artillero”. Se llamaba Narciso Mendoza y su nombre ha pasado a la inmortalidad.

Los defensores de Cuautla, además de batirse con valor espartano, soportaron los terribles estragos del hambre y de la sed, que trajeron enfermedades infecciosas y contaminaciones a los pobladores de la heroica ciudad. Hubo días en que los sitiados tuvieron por alimento lagartijas y otros bichos dañinos que en épocas normales

causan asco, y como carecían de cereales, comieron hierbas y zacate que sólo el ganado puede digerir. Pero la sed les traía tormentos más espantosos. Por eso gran parte del sitio fue una lucha por la posesión del agua. Los españoles cortaron y se apoderaron varias veces del canal de Juchitengo y otras tantas los insurgentes lo recuperaron.

El canal, que nacía en Amilcingo, requería ser defendido más eficazmente, pues el español Lovera, que lo tenía bajo su custodia, lo cortaba con frecuencia. En vista de la escasez del precioso elemento, Galeana propuso a Morelos un plan muy atrevido para apoderarse y retener la toma de agua. Con algunos de sus hombres más escogidos, el guerrerense hizo que se construyera un baluarte, a la vista del enemigo, sin importarles los disparos de fusilería que llovieron sobre ellos. El baluarte era un torreón cuadrado, con un espaldón artillado con 3 cañones, para asegurar la defensa eficaz de la toma. Tal proeza se realizó el 3 de abril y el baluarte fue inexpugnable durante el resto del sitio de Cuautla. Los defensores no volvieron a sufrir de sed, hasta que Morelos resolvió romper el sitio, dejando a Calleja burlado y sin saber qué hacer. En esta forma tan brillante quedó demostrado que Galeana, durante el sitio de Cuautla, había sido el brazo derecho de Morelos.

Al abandonar a Cuautla, la madrugada del 2 de mayo de 1812, Morelos tomó con sus diezmadas fuerzas el rumbo de Yecapixtla, Ocuituco y Chietla, yendo rumbo al estado de Oaxaca. De Yanhuitlán se fue camino de Tehuacán y de allí enfiló hacia Orizaba, plaza que tomó sin resistencia. Posteriormente hizo una larga caminata para ir hasta Oaxaca, ciudad que sí le resistió, pero que pudo ocupar, derrotando a los españoles que la defendían. Despues decidió volver sobre Acapulco. Salió de Oaxaca con tres mil hombres y al presentarse frente a la bahía de Acapulco llevaba sólo mil quinientos soldados. A fines de febrero de 1813 inició el asedio del castillo de San Diego y durante largos meses tuvo a raya a sus defensores. Al cabo de mil peripecias y de grandes actos de heroísmo, Morelos pudo ocupar el puerto del Pacífico, el 20 de agosto de 1813. A fines de agosto se resolvió a marchar sobre Chilpancingo, para instalar ahí el Congreso de Anáhuac. Sabido es que tal congreso fue una pesada impedimenta para Morelos y que por defenderlo, el gran caudillo perdió tiempo y arrestos en su afán de luchar por la independencia.

En todas las gloriosas campañas de Morelos, uno de sus hom-

bres de mayor confianza seguía siendo Galeana y cuando el caudillo se sentía desfallecer o enfermaba, volvía sus ojos a Tecpan y hacia la tierra de don Hermenegildo dirigía sus pasos. Sobre Galeana escribió un historiador de la época:

“Tenía sobre los negros un ascendiente poderoso. Llamábanle *Tata Gildo* y lo que él decía se cumplía irremisiblemente y sin re-pugnancia. A su nombre siempre acompañó como correlativa la idea de un hombre de bien y aun el mismo Calleja siempre lo tuvo en este concepto.

“Amó a Morelos hasta la idolatría y lo respetó tanto, que jamás le habló sino con el mayor comedimiento...”

El año 1814 fue lleno de penas y sinsabores para Morelos. Tuvo varios fracasos militares y durante algún tiempo se retiró a la Costa Grande, que era para él un refugio reparador. A principios de ese año sufrió la pérdida del valeroso general Mariano Matamoros, un eximio cura que en reñidas batallas había dado pruebas de una gran entereza y de amor incontenible por la causa de la libertad. Aquel Matamoros que había roto las trincheras de Calleja, por el frente de Buenavista, para ir en pos de víveres para las fuerzas de Cuautla, víveres que no pudo introducir a la plaza sitiada, por el descalabro que sufriera en la Barranca Hedionda, en compañía de Miguel Bravo, tío de don Nicolás.

Otra de las grandes pérdidas sufridas por Morelos en aquel año aciago de 1814, fue la del propio insurgente Hermenegildo Galeana. El hecho ocurrió cerca de Coyuca de Benítez, el 27 de junio. Cuenta la Historia que en el puente del Salitral fue sorprendido por una emboscada que le tendió el enemigo, cuando su gente se retiraba en desbandada. Entonces Galeana procuró ponerse a salvo y al atravesar un paraje boscoso, sufrió un golpe en la frente que lo hizo caer del caballo. Rodeáronle los dragones de Avilés, sin que ninguno se atreviera a herirlo, hasta que un soldado del sur, un tal Joaquín León, le disparó a quemarropa, atravesándole el pecho. Herido de muerte y cubierto de sangre Galeana hacía desesperados esfuerzos por blandir la espada que tantas veces brilló vencedora, y el mismo desalmado que lo había herido, se le acercó ferozmente y le cercenó la cabeza. No satisfecho del todo, el energúmeno ensartó la cabeza con una pica, que enarbóló en señal de triunfo. Después la colocaron sobre una ceiba de la plaza de Coyuca. Como algunos insensatos se dedicaron a mofarse de aquel ultraje, se indignó el realista Avilés por tan cobarde acción y regañó a los imbéciles, diciéndoles: “Esta

cabeza es de un hombre honrado y valiente.” En seguida hizo que se le diera sepultura en la puerta de la iglesia. Pocos días después dos soldados de Galeana enterraron el mutilado cuerpo de su general, en un bosque, cercano al sitio en que cayó herido.

Al saber Morelos la muerte de su fiel compañero, y sin duda acordándose de Matamoros, exclamó lleno de dolor: “Acabáronse mis brazos; ya no soy nada.”

Y cuenta la Historia que después Morelos se fue al campo, en las cercanías de Tecpan, para que nadie pudiera verlo prorrumpir en llanto. Fue así como, hace más de siglo y medio, el gran Morelos estuvo a la altura del poema sublime, de un excelsa poeta de la hora actual, Enrique González Martínez:

*No turbar el silencio de la vida,
ésa es la ley;
y sosegadamente llorar, si hay que llorar,
como la fuente escondida.*